

# El libro y la ciudad en la hegemonía audiovisual

## Materialismo cultural de la lectura

Leer es interpretar una pluralidad de marcas dispersas dispuestas en cuanto signos, que constituyen un texto de sentido. No es la escritura la que construye textos, sino la lectura. La escritura se vuelve significativa sólo al ser leída: comienza imprimiendo marcas, pero la lectura es la que convierte las marcas en signos. De tal modo que todo puede leerse, cualquier caos de marcas dispersas, siempre que una acción de sentido constituya un campo textual. Es la lectura la que hace escritura, la que escribe sobre las marcas al leer.

Esto nos libera del concepto estrecho de escritura con el que diariamente convivimos y nos muestra cómo la escritura alfabética es sólo uno de los múltiples modos de la escritura y de la lectura que hacen a nuestro cotidiano. Leer no es sólo cuestión de libros.

Ha sido la introducción de la imprenta en la producción de textos la que ha contribuido a reificar la escritura en Occidente: grafías estandarizadas, ya no manuscritas, descorporeizadas; multiplicación inédita de ejemplares y de nuevas obras; fetichización del objeto libro como metonimia del saber y de la superioridad de la Razón... La escritura cobró una autonomía tal, que pobló el mobiliario y los atributos personales de los sec-

---

\* Licenciado en filosofía. Master en Historia Andina. Doctor en antropología social. Profesor investigador de la Universidad del Valle, autor de varios libros. Actualmente asesor del grupo de investigación en comunicación de la Universidad Autónoma de Occidente.

tores dominantes, que volvió impensable el hecho de que un libro cerrado, una biblioteca, no sea escritura, sino sólo ante el lector que abre, en esas páginas impresas, todavía mudas, la fluencia de una voz. Un libro cerrado, libros en una biblioteca, libros en idiomas desconocidos, son mero papel rasguñado. Sin lectura no hay escritura; pero hay muchas lecturas y muchas escrituras.

## De la lectura restringida a las lecturas urbanas

El libro ha estado en el centro de la lectura formativa desde la industria de la imprenta, del siglo XV en adelante, pero sobre todo desde la extensión de la educación al amplio espectro social a partir del siglo XIX. En los últimos cinco siglos, el libro ha participado en el proceso de socialización de los saberes ilustrados y de democratización de la vida política. Ha sido uno de los agentes silenciosos de la Modernidad. El conocimiento científico ha circulado a través de libros, las obras literarias, las historias nacionales... Han sido aliados incondicionales de la escuela.

Es en las últimas décadas del siglo XX cuando parece que los textos massmediáticos le han ganado la carrera al libro en la circulación de saberes, de información, de comunidades de interpretación y de formas de vida, el libro ha quedado rezagado junto con la escuela, frente a pedagogías globales y a niños y jóvenes "autodidactas", lecto-audencias.

En nuestra ciudad contemporánea, estamos ante nuevas formas de lectura que requieren nuevas destrezas y nuevas competencias, ante las que, quienes son agentes educativos, resultan ser analfabetos, con sus libros siempre a la mano. No es que hoy no se lea, en verdad se lee mucho al margen de la escuela, mientras los llamados "hombres de cultura" afirman con nostalgia que ya no se lee. Nunca estuvieron los saberes y las informaciones tan regados en el amplio espectro social. El libro encerró la propiedad y la autoridad del saber en los letrados y son ellos quienes desprecian las nuevas lecturas y los nuevos textos, como refugio de su mal disimulada ignorancia.

Esas nuevas formas de lectura generan un nuevo campo crítico e indagaciones de largo alcance: ellas nos requieren que pensemos qué es leer, cómo se lee en la ciudad cotidiana. La desentronización de la lectura ilustrada genera una deslegitimación de los

lugares y circuitos del saber, abre una mirada histórica alternativa sobre nuestra modernidad latinoamericana, híbrida y heterodoxa, pone en acción una praxis deconstructiva de la hegemonía escrituraria desde la nueva hegemonía audiovisual.

## Lecturas audiovisuales y consumo

Estamos inmersos en espacios hiper-semióticos, sobrecargados de signos, que han hecho de los libros una suerte de residuo arqueológico de la lectura. Pero no sólo debemos pensar que ha variado el ambiente textual, que han proliferado los textos, la transformación radical está relacionada con las formas de lectura, el leer mismo se ha alterado, desplazándose a grandes velocidades, anudando imágenes más que signos fonéticos, como una nueva escritura ideográfica o pictográfica, pero que se realiza en un tempo rápido, que nada tiene que ver con el tempo lento de la lectura de libros en recogimiento solitario.

Nueva lectura formativa, ya que, en los textos massmediáticos, a pesar del desprestigio y la demonización que la escuela ha operado, poniéndose ilusoriamente a la distancia de aquellos, hay una circulación masiva de modelos y formas de vida, de tal magnitud y alcance, que nunca la escuela, en su eficacia, pudo lograr. Hoy se consume en primer lugar formas de vida, más que productos, comprar es un gesto inmerso en una atmósfera cultural en la que se desarrolla un trabajo febril de mestización. Digestión de signos (Jean Baudrillard), dialéctica de narrativas en el flujo (Fredric Jameson). Distintos horizontes culturales, distintos imaginarios (ciertamente estandarizados, predigeridos, hiperreales) circulan en la publicidad, las series, telenovelas, filmes, talk-shows, noticieros, documentales, video-clips y recitales. En torno al consumo de productos se crean formas culturales, los video-textos e hiper-textos han operado en lo social el paso de un concepto de "cultura" ligado a la conciencia ilustrada y sus libros, al concepto de "cultura" desarrollado por la antropología de este siglo y que nos habla del mundo total de significación y acción en el que se desarrolla la vida de una sociedad, sus maneras, sus cosmologías, sus sensoria. El consumo es una práctica cultural en la dialéctica de narrativas sociales con textos globales de retóricas y escenas estereotipadas.

A nivel global, la lectura massmediática ha generado una cultura transnacional-popular (Renato Ortiz) construida sobre los equívocos de la hiperrealidad. Pero el amplio campo de las lecturas locales es irreductible, y es allí donde las narrativas vuelven densos e intertextuales los estereotipos. Las tecnologías y sus textos, que atraviesan campos y ciudades, al encontrarse con las memorias sociales producen relecturas no librescas de las tradiciones, de las nuevas sensibilidades, de las situaciones locales y de las solidaridades y antagonismos geopolíticos. La ciudadanía ilustrada y el proletariado internacional ligado a la producción, como imaginarios sociales progresistas del libro, han dado paso a una ambigua cultura transnacional-popular y a culturas regionales, étnicas, sexuales y musicales, que deconstruyen (releen, desleen) las sociedades nacionales desde las metamorfosis de sus narrativas, en la travesía de los shopping del consumo cultural.

## Ímpetu teórico-metodológico

La lectura se ha universalizado, pero no por medio de libros, sino por medios audiovisuales. Democratización que estaba en el proyecto de la Modernidad, pero en la que ella parece no estar dispuesta a reconocerse. Los videotextos e hipertextos colocan a los letrados ante la ambigüedad con que siempre se han instalado frente a lo masivo: una oscura sospecha, cuando no la convencida afirmación, de que la masificación massmediática depotencia toda acción crítica, diluye toda agencialidad social y degrada toda producción textual. Es la manera como los letrados se encaran con esta cultura sin libros. ¿Será que han perdido para sí mismos la certeza, siempre asegurada por el libro, de la propiedad minoritaria del saber? Aunque también hoy existen libros sobre estas lecturas audiovisuales masivas.

La lectura formativa del libro requiere un largo adiestramiento, de años de aprendizaje, que justifica y legitima las instituciones educativas; la lectura formativa de videotextos e hipertextos ya se instala a través de la presencia doméstica del televisor y del computador en la socialización primaria, le gana de mano a la escuela y se extiende mucho más lejos y se interna tanto o más íntimamente que ella, su aprendizaje no se realiza en relación a la producción de conocimientos sino en medio del consumo.

¿Será que en la lectura de libros se consigue algo específico y que es de interés para la transformación social y la praxis crítica de ciudadanía? Quienes hemos sido formados y largamente adiestrados en la lectura y escritura de libros podemos reconocer allí un poder de conceptualización y de teorización capaz de atravesar cualquier texto (libresco o social), transformándolo en preguntas inéditas, en propuestas de acción, en nuevas dimensiones intelectuales de lo empírico. Esto está epistemológica y políticamente vinculado a nuestra relación histórica periférica con la Ilustración, que ha sido el momento en que la larga tradición intelectual de Occidente en torno al libro se transformó en imaginario social democrático, con un afán universalizante. Seguramente este proyecto de diversificación social de los saberes críticos para muchos de nosotros no es renunciable, pero es un proyecto no sólo "inconcluso" (Jürgen Habermas), sino, en nuestro caso, periférico, oblicuo, rarificado a través del prisma de nuestras abigarradas sociologías regionales latinoamericanas, que hoy convive con nuevos formatos de textos, con nuevas sensoria sociales, con nuevas tecnologías de la comunicación y del consumo. Estas tienen un mayor poder de divulgación y de formación que el libro, y sus usos generan múltiples constelaciones de semiosis sociales interconectadas.

Los letrados tenemos una gran afecto por aquellas solitarias y recogidas prácticas de lectura, hemos sido socializados en ellas. También hemos depositado allí secretas seguridades: la posición que nos garantizan en el sistema educativo y en la vida social. Una primaria desconfianza con respecto a la autonomía y a la acción transformadora que videotextos e hipertextos permitirían (impedirían) suele reducir a éstos a meras circulaciones de archivos completos, predigeridos, que cada consumidor grabaría sin cuestionar. La tradición letrada resiste a trasladar allí experiencias análogas (a la librería) de lectura. En esa tradición intelectual, la lectura etnográfica, ante el desafío de reconstruir otras constelaciones o hegemonías semiológicas de sociedades que han abierto otros caminos del sentido, en otras lecturas y otras escrituras, sería la que más se aproxima a las lecturas prácticas de videotextos e hipertextos. Tal vez la lectura letrada etnográfica pueda brindarnos el mayor ímpetu teórico-metodológico para una etnografía de la lectura videotextual e hipertextual.

Cuando nuestra cotidianeidad atravesada por las nuevas tecnologías nos evidencian que el libro ha sido trascendido, sin ser abolido, en las formas hegemónicas de la comunicación social, las nuevas lecturas sin embargo requieren aún el estudio de los in-

lectuales herederos de la cultura del libro, pero les exigen que reconozcan allí procesos propios. Este es el campo cenagoso en el que se han debatido desde hace varias décadas la lingüística, la semiótica, la crítica literaria, la estética posmoderna. Los aportes son importantes, pero aún pesa demasiado en sus hábitos de lectura el formato libro y su conciencia ilustrada. Tal es el caso de la escritura desviada de este texto que leo-escribo, y que, con ojos desenfocados de la página, habla de los límites del libro en la nueva cultura massmediática.

## Nuestras lecturas periféricas

Tanto del libro como de los textos massmediáticos tenemos en Latinoamérica una experiencia periférica: ni los libros nos colocaron en el centro de la Modernidad ni los videotextos e hipertextos nos descentran de aquélla, al menos como, en la atmósfera de la "condición posmoderna", lo hicieron (lo hacen) en la tradición europea. Todo lo leemos desviado, los libros y los videotextos e hipertextos. Éstas son nuestras condiciones materiales de lectura.

Los libros han sido siempre escasos entre nosotros, las bibliotecas de nuestros alumnos, y aún en buena parte la de muchos docentes e intelectuales, consisten en hojaldres de fotocopias apiladas; las bibliotecas públicas son archipiélagos de textos que flotan entre lagunas o en un mar de ausencias, bloques aleatorios caídos de milagros presupuestarios o de muertos donantes. Ciertos discursos intelectuales de nuestro medio reiteran infinitamente algunos libros dispersos o secuencias de lecturas consagradas como enmohecidos puentes únicos, impertérritos y omnímodos.

Los textos massmediáticos y urbanos también (como los libros) ponen en circulación consensos de otros mundos, con una cobertura mayor y con una mayor flexibilidad que aquéllos al diálogo con los lenguajes y mundos de sentido locales. Lingüísticamente dicen menos, es cierto; las audiovisiones mediáticas no obstante ponen en juego una diversidad semiótica mayor; en honor de la brevedad y la velocidad cierran rápidamente los contornos, reducen, simplifican, estereotipan, caricaturizan, es decir, son como un mal profesor; también los libros y sus lecturas se muestran rígidos muchas veces en relación con las retóricas ocultas de la narración, o del consagrado discurso científico, o de

las gramáticas establecidas de los expertos o del sentido común. Ciertamente, la confrontación entre la lectura de libros y las lecturas massmediáticas debe desmitificar ambos, mostrando en cada uno las trampas de poder que sujetan a los lectores.

Las tecnologías comunicativas contemporáneas responden a una lógica de mercados segmentados y permiten, por la materia en que se realizan, muchas alternativas inmediatas y mezclas improvisadas al ritmo veloz del consumo. Pero cada vez más esas lecturas variadas tienen lugar ante productos video e hipertextuales que responden a los intereses de unos pocos monopolios que controlan el negocio de la comunicación, uno de los más redituables hoy día. Nuestra periferia latinoamericana tiene la forma paradójica de una globalización comunicativa que convive con exclusiones masivas: todos los productos mediáticos y los objetos de consumo planetarios llegan hasta nuestras miserables condiciones de vida, las de la pauperización creciente y las de la accesibilidad restringida a las tecnologías y sus redes más avanzadas. Universalización de la lectura en la que se desarrollan las nuevas exclusiones de nuestra condición periférica irresuelta. Una etnografía en los márgenes de las nuevas lecturas tendrá que saber leer estas opacidades tras el brillo de las imágenes del consumo, y seguirá por esto apostándole a la crítica otro futuro posible, en el que sean removidas la exclusión de los iletrados y la de los diestros lectores video e hipertextuales.

Santiago de Cali  
Marzo de 2004

Si sabe que  
TODOS SUS CONFLICTOS  
SE HACEN EN LA PALABRA,  
¿porqué, NO aprende, a  
HABLAR?

